

¿Por qué el hombre occidental se odia a sí mismo?

Mi amigo Jaime Mayor Oreja me ha propuesto hacer un análisis de la crisis que está atravesando ahora el mundo occidental. Un análisis global, puesto que la crisis es global. Es difícil decir que no a un amigo tan estimado, y por eso estoy aquí. Sin embargo, esa tarea resulta demasiado ambiciosa para una criatura no angélica como soy yo.

Soy un filósofo o, mejor dicho, un historiador de las ideas o un filósofo disfrazado de historiador de las ideas o, quizá, todo lo contrario. Por eso, resulta claro que tengo una tendencia a sobrevalorar la dimensión filosóficamente relevante de los hechos y a dejar fuera del análisis los factores económicos, políticos, o de otra índole de la situación presente, que no caen dentro de mi competencia.

A pesar de esa deformación profesional de filósofo, no mencionaré apellidos de intelectuales de los cuales se cree que son responsables ni siquiera culpables de la situación presente. Hay gente que piensa que todo aconteció por culpa de Foucault, de Derrida, de Bourdieu o de no sé quién. No niego los aspectos equívocos de las obras de alguno de ellos, pero se podría decir lo mismo que lo que escribió Nicolás Gómez Dávila a propósito de la Revolución Francesa: para entender sus orígenes intelectuales, resulta menos útil conocer a grandes pensadores como Voltaire, Rousseau o Diderot, que estudiar personajes de menor importancia, hoy casi olvidados¹.

Se trata de una atmosfera general, del aire que respiramos. Ahora bien, es sumamente difícil describir una cosa invisible e impalpable como el aire.

1. ¿Qué va al revés en el mundo? De lo local al nivel superior

Sería imposible hacer, como en un análisis espectral, una lista completa de todo lo que va al revés en el mundo de hoy. Sin embargo, es preciso proponer una enumeración de algunos de los rasgos más sobresalientes. Lo haré en cinco pasos, progresando desde fenómenos locales y recientes, hasta fenómenos de más alto nivel y de más largo plazo.

a) Se habla mucho de la inmigración y de los problemas que trae consigo; de vez en cuando se habla de la criminalidad, por ejemplo, y en menos ocasiones de la dificultad de la integración de gente que vienen de culturas en las cuales el código de comportamiento no es el vigente en Europa. Lo difícil es no confundir un efecto con una causa.

La inmigración es una consecuencia del diferencial demográfico entre las partes de la Tierra, es decir, del invierno demográfico que sufren todos los países industriales del así llamado “Norte”. Puede ser que sea irreparable. Se pueden cambiar leyes y reformar instituciones, se puede derribar un sistema

¹ N. Gomez Davila, *Escolios a un texto implícito*, Girona, Atalanta, 2009, p. 1088.

social y político por una revolución radical. Por otro lado, no se pueden sacar niños de un sombrero de copa. Ya es hora de que nuestras elites comprendan que los bebés no se encuentran en repollos y que la cigüeña que trae los recién nacidos tiene el mismo modo de existencia que el ratoncito Pérez.

b) Otro fenómeno importante: la historia de Occidente resulta percibida exclusivamente como una serie de crímenes. Por ejemplo, desde hace treinta y dos años, la celebración del descubrimiento de América se ha convertido en un ejercicio de autoflagelación. Concretamente, se traduce esa vergüenza histórica en una ola de destrucciones. Se derriban estatuas de personajes que contribuyeron al tráfico de esclavos o, como Cecil Rhodes, a la colonización. Se derribaron también estatuas de militantes de la abolición de la esclavitud, por ejemplo, el francés de Alsacia Victor Schoelcher, artífice de la ley que la abolió en 1848, porque tenía la mala suerte de ser de piel blanca.

c) Se percibe también en élites occidentales un odio al cristianismo. No me refiero solamente a un fenómeno pasivo como la desafección por la práctica religiosa, sino más bien a un deseo positivo de acabar con la Iglesia y con la religión, especialmente la religión católica. En Francia, varias iglesias se destruyen; algunas se queman. Han degollado a un sacerdote. Cuando los supuestos humoristas y los periodistas se burlan de la religión, el punto de mira principal es el cristianismo.

d) La religión constituye un caso particular entre las instituciones sociales. Una influyente escuela sociológica considera toda institución como una mera construcción, sin ninguna base en la naturaleza humana, una naturaleza que dicen no existe, que es un mito. En consecuencia, todo puede ser “deconstruido”, como se dice ahora. Desde las cátedras académicas de sociología se ha difundido esa idea hasta la conciencia popular. Y esta idea ha sobrepasado las estructuras políticas y económicas para invadir las dimensiones más hondas de la existencia social, como la familia, y de la existencia humana, como el cuerpo con su división sexual.

e) Hay un último escalón en esa subida hasta fenómenos de más amplitud, una subida que es al mismo tiempo una bajada hasta la nada. Viene puesta en duda la legitimidad del hombre en su existencia concreta. Según adeptos de la ecología profunda, el hombre es el animal más peligroso, un predador universal, mucho peor que los demás seres vivientes. Las fieras se quedan en su ambiente ecológico. El hombre invade todo el planeta y lo somete². Sería mejor que se fuese el hombre, que el planeta se deshiciese de ese parásito que lo mancha. El planeta sería más hermoso sin hombres, decía ya Flaubert en una obra de su juventud³. Se podría uno preguntar: la tierra sería más hermosa, ¿para qué espectador? ¿Quién va a gozar de la hermosura de la Tierra sin la Humanidad?

2. El odio a sí mismo, punto de convergencia de las crisis

Sea lo que sea, ¿poseen esos fenómenos algo en común? Según mi parecer, todos esos fenómenos, aunque son varios, son convergentes, y tienen un único punto focal: el odio a sí mismo. Ya han apuntado otros a la presencia de tal actitud en las capas superiores del Occidente de hoy, en el hombre posmoderno.

² J. Conrad, *Lord Jim*, ch. 20, Londres, Penguin Classics, p. 195.

³ G. Flaubert, *Mémoires d'un fou*, VII, en *Œuvres Complètes*, t. 1, ed. B. Masson, Paris, Seuil, 1964, p. 234b.

FORO NEOS

Conferencia Rémi Brague

18 noviembre 2024

Auditorio Mutua Madrileña. Madrid.

El ejemplo clave puede ser el odio al cristianismo, a que acabo de aludir. Este odio es de tal magnitud, precisamente, porque somos de herencia cristiana. Decía el filósofo italiano Benedetto Croce, un laico, en un artículo muy celebre de 1943 cuyo título era una pregunta de carácter retórico: “Por qué no podemos no decirnos cristianos”⁴ que “quien se odia a sí mismo odia lo que lo caracteriza más hondamente”. El odio al cristianismo es la prueba de la importancia decisiva del cristianismo en la historia de la cultura europea.

Ahora, se podría objetar: No, ¿qué va? No se odia al hombre occidental de hoy. Al contrario, se le ama, incluso, se le ama demasiado. Parecería que el individualismo que hoy preside nuestra sociedad nos alejaría del odio a sí mismo del hombre posmoderno. Pero no es así. De ese individualismo se habla mucho desde que Tocqueville introdujo esa noción en el discurso político⁵. Se oye muy a menudo que desarrolla un papel decisivo en la situación que vivimos, y se reprocha al individualismo la decadencia de nuestras sociedades, etc. Según mi parecer, aunque hay una pizca de verdad, la explicación por el individualismo solo roza la superficie de la cosa.

¿Se ama a sí mismo el hombre moderno? Amar a algo significa querer que el objeto del amor sea, exista, sea lo que es, siga siendo lo que es. Es decir, amar lo que hace que sea.

Yo prefiero decir que se estima, que se interesa por sí mismo. Puede ser, de vez en cuando, que prefiera una felicidad que viene de fuera a una desdicha que le hace interesante a sus propios ojos.

El individuo es una abstracción, decía ya Auguste Comte⁶. Abstraer consiste en quitar todo lo que no pertenece al núcleo central de una realidad. Lo que llamamos individuo es todo lo que queda después de que se han quitado todas las determinaciones que vienen de afuera.

Tiene el hombre posmoderno el sueño imposible de una autodeterminación radical de sí y por sí, de un alma que sobrevuela la realidad y se posa en el cuerpo que escoge, en la época que decide, en el lugar que prefiere, etc. Por eso, el sujeto y el objeto de tal amor es una punta fina de la individualidad en la que no hay existencia concreta, es decir, carnal e histórica. Ama lo que quisiera que fuera, odia lo que es, todo lo que hace, lo que es.

El “odio a sí mismo” del hombre occidental de hoy es un odio indirecto o, mejor dicho, por sustitución. Odia el hombre de la élite occidental todo lo que viene de fuera y que lo determina. Hay determinaciones culturales como los padres y el ambiente social, el país con su idioma, su cultura y su historia, etc. Hay también determinaciones naturales como el sexo o la edad, hasta el hecho fundamental de pertenecer a la especie humana.

Por lo que a mí se refiere, quisiera añadir una pequeña cosa, es decir, especificar el tipo de odio de que se trata. Podemos odiar varios tipos de cosas, a varios grupos de gente, y sobre todo por varias causas. Lo mismo se puede decir del odio a sí mismo. También tiene varias formas. Podemos odiar porque estamos celosos, indignados o envidiosos. Según mi parecer, el odio a sí mismo que se encuentra en el hombre occidental de hoy es manifestación de envidia.

⁴ B. Croce, *Perché non possiamo non dirci cristiani*, en *Discorsi di varia filosofia*, vol. I, Bari, Laterza, 1945

⁵ A. de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, II [1840], ii, 2, ed. A. Jardin et al., Paris, Gallimard, 1992, p. 612.

⁶ A. Comte, *Cours de philosophie positive*, 58^e leçon, ed. J.-P. Enthoven, Paris, Hermann, 1975, p. 715.

3. La envidia, el pecado que procura tristeza

Es conveniente, entonces, aventurar algunas palabras sobre la envidia. Encontramos ese vicio en las enumeraciones que propusieron los filósofos de la Antigüedad clásica. Aristóteles la conoce, le da el nombre de *phthonos* y describe sus efectos en su Retórica. La encontramos también en las listas de pecados en San Pablo (Romanos, 1, 29; Gálatas, 5, 21). Santo Tomás de Aquino la conoce y la trata entre los siete pecados capitales⁷.

Hay pecados que procuran placer, y por eso pecamos. Comer opíparamente por glotonería es pecado, pero procura placer. Acostarse con la mujer del vecino es pecado, es adulterio, pero procura placer. El hombre busca placer por un deseo natural. Puede ocurrir que se equivoque sobre el origen, la intensidad, la cualidad, la duración del placer. Y eso acontece muy a menudo. Pero su objeto es siempre el placer. Por eso pecamos, porque preferimos el placer inmediato a las consecuencias desagradables de nuestras acciones, consecuencias que van a desarrollarse a largo plazo.

Digamos que un pecado, entre comillas, “normal”, si se puede decir, un pecado como Dios manda, es una transgresión de la ley moral que procura placer.

Por otro lado, hay pecados que no procuran placer, incluso que se pueden definir, clásicamente, como tristezas. La envidia no procura placer. Más aún: la define Aristóteles como “un dolor perturbador y que concierne al éxito, pero no del que no lo merece, sino del que es nuestro igual o semejante”⁸. Hay otras pasiones que implican tristeza como la piedad, los celos, la indignación. En la piedad y la indignación sentimos tristeza por causa de una injusticia: en la piedad, tengo lástima de que un mal haya herido a una persona que no lo merecía; en la indignación, me enfada que una persona haya podido gozar de un bien que no merecía.

En los celos, estoy triste porque otro ha tomado algo que yo poseía o que hubiera podido poseer: un sello de correos raro que hubiera podido añadir a mi colección, un puesto dirigente en una empresa, o una novia. En la envidia, no me ha quitado nada, no me ha privado de nada la persona que envidio. Por eso, la envidia es un pecado abstracto, un pecado para puros espíritus, es decir, un pecado diabólico.

4. La Teoría de la Evolución y la envidia

Dejemos un ratito la psicología de la envidia y prestemos atención a la cosmovisión que comparte mucha gente en el Occidente de hoy. El hombre de la calle lo achaca todo a “la Evolución”. Esa evolución no la imagina como un proceso, como algo que se desarrolla, sino más bien como un sujeto activo, que *hace* algo, que produce, por ejemplo, seres vivientes. Ahora bien, decir que la Evolución ha producido especies vivientes o facultades en ellos tiene poco sentido, lo mismo que decir que la

⁷ Aristóteles, *Retórica*, II, 9; Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIaIIae, q. 36.

⁸ Aristóteles, *Retórica*, II, 9, 1386b18-20 y 10, 1387b23-25.

FORO NEOS

Conferencia Rémi Brague

18 noviembre 2024

Auditorio Mutua Madrileña. Madrid.

historia produjo a Napoleón. Lo que queremos decir cuando invocamos la Evolución es que los seres vivientes resultaron del concurso fortuito de fuerzas ciegas, es decir, del azar y de la necesidad.

Hay muchas cosas que decir sobre el valor filosófico de esa teoría. Sea lo que sea, hay mucha gente en el Occidente de hoy que se figura que su propia vida es producto de un azar, “un regalo inmerecido y fortuito”, como decía Pushkin⁹. Esa cosmovisión popular la ha exprimido en un estilo científico un investigador muy serio, el biólogo francés Jacques Monod, galardonado con en el premio Nobel en 1965. Según él, la aparición de la vida, la evolución de la misma desde formas primitivas hasta la especie humana, todo eso sería el resultado del azar y de la necesidad. Ese es el título del libro que le hizo célebre en 1970.

Escribe Monod, resumiendo su pensamiento:

*El Universo no estaba preñado de la vida, ni la biosfera, del hombre. Nuestro número salió en el juego de Montecarlo. ¿Qué hay de extraño en que, igual que quien acaba de ganar mil millones, sintamos la rareza (étrangeté) de nuestra condición?*¹⁰

Ahora bien, vale esa frase un poco de reflexión: ¿cuál es nuestro comportamiento frente a alguien que acaba de ganar mil millones a la lotería? Monod supone que es la sorpresa o la curiosidad. Puede ser que sea el docto investigador un poquito cándido. Temo que nuestra reacción sería de carácter negativo. Vamos a preguntarnos con recelo: ¿Por qué él, y no yo?

Si el éxito que aconteció es el resultado del azar y nada más, nuestra reacción espontánea es la envidia. Entonces, si es verdad que la especie humana es el resultado del azar, y nada más, tenemos que atrevernos a pensar el fenómeno paradójico de una envidia de sí mismo. Esa envidia de sí mismo acarrea el odio a sí mismo, el anhelo de que el género humano se extinga, como lo desean los militantes de la “ecología profunda” (o radical).

Puede ser, para decirlo con una sonrisa—una sonrisa de conejo—, que el color verde de la cual se jactan esos militantes no sea solo el color de la hierba, sino más bien el color de la envidia.

5. La envidia, un pecado diabólico

Acabo de decir, y tengo dicho, que la envidia es un pecado diabólico. Esa palabra la tomo en serio. Aquí es preciso que haga yo un breve tratado de demonología. Por eso tenemos que olvidar todo el cine que se hace sobre el diablo, desde Dante hasta Hollywood y pasando por Milton. No es Satán un rebelde que quiere tomar el puesto de Dios. Esa falsa imagen de Satán proviene de un llamado “prometeísmo” moderno, que, además, no tiene nada que ver con el Prometeo auténtico, el de la mitología griega, de Hesíodo y Esquilo.

La imagen de Satán que se lee en la Biblia es totalmente diferente. Al inicio del libro de Job, Satán es el ángel cínico que duda de la rectitud moral de Job y la achaca motivos viles: su prosperidad

⁹ A. S. Pushkin, дар напрасный, дар случайной [1828] en СОЧИНЕНИЯ, Paris, YMCA-Press, 1991, p. 317.

¹⁰ J. Monod, *Le Hasard et la nécessité*, cap. VIII, §: El enigma del origen del código, Paris, Seuil, 1970, p. 161.

económica, su felicidad en familia, la salud de su cuerpo, etc. (Job, 1, 10). En el cuarto Evangelio, es homicida (Juan, 8, 44). Lo describe el Apocalipsis como “el acusador de nuestros hermanos” (12, 10).

Satán no es enemigo de Dios, sino más bien del hombre. Cree en Dios, lo dice la Epístola de Santiago (2, 19), pero desconfía del hombre. Por eso hay un poquito de verdad en lo que decía el filósofo alemán Fichte: el objeto legítimo de la fe no es Dios, puesto que Él es evidente para la conciencia moral. El objeto adecuado de la fe es el hombre, su capacidad de obedecer a la ley moral, una fe que tenemos que sostener a pesar de lo que la historia nos enseña¹¹. Lo que quiere Satán es que el hombre dude de su propio valor, de la grandeza y nobleza de su destino, de la misericordia de Dios que puede permitirle recuperar su dignidad perdida. Lo hace precisamente por envidia.

6. El poder como causa del mal

El papel maléfico de la envidia de sí se puede descubrir por lo que se refiere a la historia, es decir, no a lo que hizo la naturaleza, sino más bien a lo que ha hecho y sigue haciendo el hombre. Y aquí, después de tratar de la envidia de sí mismo del hombre como especie, encontramos de nuevo el odio de sí de un tipo de hombre particular, el que somos nosotros. Se lamenta la dominación del hombre occidental, del hombre blanco y, sobre todo, del varón.

Y es verdad que en el curso de la historia ese hombre ha cometido disparates, errores, crímenes. Ha hecho lo que hacen todos los hijos de Adán después del pecado original cada vez que detentan algún poder: hacer sentir su poder a los más débiles, que tienen que someterse, como lo reconocen los Atenieses en Tucídides

No se conocen ejemplos de un poder superior que se haya restringido.

Resulta claro que el Occidente ha hecho más daño en el globo que las demás culturas. ¿Por qué? ¿Tal vez era malvado? Puede ser, pero, sobre todo, porque era poderoso. Me permiten reproducir aquí una fábula o parábola que hice hace algún tiempo: El elefante y el ratón en el almacén de porcelana. Entran un santo elefante y un ratón malísimo en un almacén de porcelana. ¿Quién hará más daño? Claro que será el elefante, con motivo de su bulto enorme, a pesar de sus intenciones benévolas, y no el ratón, a pesar de su intención de hacer todo añicos. Ahora bien, en la historia real, el elefante europeo no era un santo, sino una persona normal, un pecador como nosotros, pero más grande y más fuerte; y los ratones indios, chinos, africanos, islámicos, etc. no eran monstruos, sino personas normales, pecadores como todos, pero mucho más pequeños y débiles.

El Occidente tiene que pedir perdón y esperar recibirlo. Estaría bien, de paso, que hiciesen lo mismo las demás culturas, que se reputan inocentes. Se derriban en todo el mundo occidental las estatuas de hombres que se ganaron un puesto en la historia como conquistadores o colonizadores. Se puede tomar por ejemplo a Tamerlán. A finales del siglo catorce, ese conquistador de origen turco-mongol, que se llamaba a sí mismo “la espada del islam”, trató de reconstruir el imperio de su tío abuelo Gengis Kan. Hizo matar a una cantidad de gente que, según los historiadores, varía de un millón a diecisiete millones. Ahora bien, se pueden ver tres estatuas de ese personaje, de seis a siete metros

¹¹ J. G. Fichte, *Anweisung zum seligen Leben*, lección 10, *Werke*, ed. F. Medicus, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1962, t. 3, p. 160.

de altura, en varias ciudades de su país, Uzbekistán: en el lugar de nacimiento de Tamerlán, en la capital de su poder, y también en la capital de hoy. Es interesante hacer notar que el gobierno de Uzbekistán ha hecho erigir dichas estatuas recientemente para que sustituyeran a estatuas de Lenin—otro benefactor de la humanidad. Mientras se hacen raras las estatuas de Lenin, nadie menciona la posibilidad de suprimir las de Tamerlán.

Los éxitos de Occidente, y especialmente su conquista del mundo, parecen insoportables porque se figura que son el producto del azar. Ahora bien, ¿ha podido Europa salir de sí misma, descubrir los demás continentes, someter y explotar a los pueblos que vivían allí por azar? Esas hazañas trajeron consigo crímenes, como el anverso y el reverso de una moneda. Todo eso ha podido llevarlo a cabo Europa porque estaba más adelantada en el campo de la ciencia y de la técnica, sobre todo de la navegación.

Y todo ese progreso no era el resultado del azar, sino de un trabajo sobre sí mismo de un espíritu de innovación técnica y de curiosidad intelectual. Esos factores hicieron posible el despegue económico y demográfico de Europa a partir del siglo once, que provocó la expansión a ultramar de los países europeos posteriormente.

Aquí también tenemos que cuidarnos de no tomar efectos por causas, o al revés, causas por efectos. Por ejemplo, es verdad que la explotación de las riquezas minerales de las colonias y del trabajo de los indígenas contribuyó al enriquecimiento de los países colonizadores, o mejor dicho, de algunos grupos en ellos. Pero el coste global para los países era negativo, como lo han mostrado varios historiadores de la economía¹².

Por lo que se refiere a los países que fueron sometidos y colonizados, era esa situación la consecuencia de un estado de debilidad que tenía causas internas. Como afirmaba el historiador argelino Malek Bennabi, solo puede ser colonizado un país que es, con una palabra que inventó, “colonizable”¹³.

7. La envidia de sí mismo, la autodestrucción

Aquí tenemos, si no me equivoco, el origen del odio a sí mismo del hombre occidental: la envidia de sí mismo, de ser hombre, de ser blanco, de ser varón, etc.

La envidia, lo repito, constituye una forma de odio, y el odio busca la destrucción de lo que odia. Lo que se podría llamar la “auto-envidia” trae consigo el deseo de autodestrucción.

La autodestrucción constituye la forma más perfecta de la autodeterminación. El proyecto mismo de la autodeterminación del hombre por sí mismo trae consigo el deseo de suicidio. El suicidio, lo digo con una amarga ironía, tiene grandes ventajas: es fácil, es rápido, es barato, y el resultado que obtiene es total y definitivo.

¹² Véase por ejemplo J. Marseille, *Empire colonial et capitalisme français – Histoire d'un divorce*, Paris, Albin Michel, 1984.

¹³ M. Bennabi, *Vocation de l'islam*, Paris, Seuil, 1954, p. 84.

Claro que matarse a sí mismo debe de ser desagradable. O, por lo menos, así lo supongo. El hecho que el que se mata a sí mismo tenga que soportar las consecuencias de su acto trae consigo el carácter paradójico del juicio moral que podemos hacer del suicidio: una acción que es, al mismo tiempo, condenable y respetable.

Acabo de decir que el odio a sí mismo del hombre occidental no tiene por objeto el individuo en su núcleo fundamental, sino más bien todo lo que lo determina desde afuera.

Ahora bien, basta sustituir el suicidio del individuo por la destrucción del país en donde vive, de la civilización que le ha traído sus tesoros morales y culturales o, en un horizonte lejano, la extinción de la especie humana. El individuo puede contribuir a dichas destrucciones del país, de la cultura, de la humanidad. Lo hace por las ideas que difunde y por los actos que pone o que se rehúsa en poner. Lo hace mientras que se ahorra la pena de matarse a sí mismo. Y además sigue disfrutando de los bienes de la paz social en su país, de las riquezas de la cultura que ha heredado, y, debajo de todo eso, sencillamente de su pertenencia a la especie humana.

Ahora bien, el suicidio constituye la realización concreta de una dialéctica autodestructiva que el ateísmo trae consigo. Según la cosmovisión de la Antigüedad clásica, era el hombre el remate de la Naturaleza, el ser terrestre en el cual la Naturaleza ha llevado a cabo sus intenciones últimas, y por eso el ser sumamente natural¹⁴. Según la antropología bíblica, el hombre fue creado a imagen de Dios (Génesis, 1, 26). Los Padres de la Iglesia añadieron: creado con la libertad que es la imagen divina, que no se puede perder, y con la tarea de llevar a cabo su misión: recuperar la semejanza que el pecado de Adán ha hecho perder.

Sin punto de referencia exterior, no puede decir el hombre que valga más que una ardilla o un caracol, o pretender que merece una dignidad superior, etc.

8. Redescubrir la urgencia vital de la fe

Hemos recorrido los niveles sucesivos del odio a sí mismo del hombre occidental. Desde ciertos ambientes influyentes y los medios de comunicación, difunden este odio en largas dosis a los pueblos. Su consecuencia es que esos pueblos están por perder, o, por lo menos, arriesgan perder toda voluntad de defenderse contra los retos que los acometen desde fuera y desde dentro. ¿Por qué valdría la pena defenderse? Si nuestro modo de vivir, y hasta toda vida humana, carece de legitimidad, ya que es radicalmente perjudicial. La única medida lógica que tomar es, por tanto, dejarlo desaparecer, o darle un empujoncito hasta el vertedero.

Ese odio, soy atrevido en describirlo un poco más precisamente como el fenómeno paradójico de la envidia de sí mismo, se declina en una serie de “porqués”: ¿¿Por qué todos los factores que me hacen ser lo que soy se dan en mí antes que en otros?, ¿qué hubiera escogido yo mismo? ¿Por qué Occidente antes que otras culturas? ¿Por qué el hombre antes que otros seres vivientes? Y, finalmente la pregunta: ¿Por qué el Ser antes que la Nada? A los filósofos les ha costado poco trabajo identificar

¹⁴ Aristoteles, *De animalium incessu*, 4, 706a19-20.

FORO NEOS

Conferencia Rémi Brague

18 noviembre 2024

Auditorio Mutua Madrileña. Madrid.

en una fórmula una versión mordazmente irónica de la cuestión fundamental de la metafísica según Leibniz...

Ahora bien, la raíz última de la envidia de sí mismo se halla en una cosmovisión total. Es la cosmovisión según la cual todos los factores que me hacen ser lo que soy son el producto fortuito de causas ciegas fortuitamente reunidas, y nada más. Una cosmovisión que prescinde de la referencia a una Razón creadora y benévola—el *Logos* divino del Prólogo del Evangelio de Juan—produce necesariamente la envidia de sí, el odio de sí, y el deseo de autodestrucción.

Ya han subrayado varios pensadores que la supuesta “muerte de Dios” tiene por consecuencia lógica inevitable la muerte del hombre. Y no una muerte metafórica, solo capaz de dar un agradable escalofrío a los intelectuales chic, sino, a largo plazo, una extinción muy concreta.

Si podemos salir bien de ese peligro mortal, tenemos que recobrar una visión positiva de lo que nos constituye y aceptarlo con gratitud, es decir recuperar la fe en un amor providente, la fe en la creación. La fe no es una superestructura algo nebulosa o un artículo de lujo, sino el fundamento de nuestra existencia. Lo bueno en la situación actual es que nos da la oportunidad de redescubrir la urgencia vital de la fe. Nos ha puesto el estado actual de la civilización, muy concretamente, en la situación que suponía el fin del Deuteronomio: “he puesto delante de ti hoy la vida y la muerte, a ti toca escoger la vida”.

Rémi Brague - Biografía

Rémi Brague (París, 1947) es un pensador francés reconocido por sus estudios de filosofía antigua y medieval, judía y árabe, además de investigador sobre la filosofía griega (Platón y Aristóteles). También ha analizado diversos aspectos de la antropología filosófica y cultural de nuestro tiempo, en un contexto amplio del estudio de la historia de las ideas.

En la actualidad es miembro del Instituto de Francia desde 2009 y profesor emérito de Filosofía Medieval en la Sorbona de París. Fue titular entre 2002 y 2012 de la «Cátedra Guardini» en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich, dedicada al estudio de la ciencia de las religiones, especialmente del cristianismo en Europa.

Ha sido además profesor visitante de filosofía en las universidades de Lausanne, en Suiza (1989-1990), Boston (Estados Unidos), como John Findlay Visiting Professor en su departamento de filosofía (1995 y 2001), Navarra, en España (2007), Vita-Salute San Raffaele, en Milán (2008), y Boston College (Estados Unidos), como Hans Georg Gadamer Visiting Professor de su departamento de filosofía (2011).

Fue nombrado doctor honoris causa por la Universidad Pontificia Juan Pablo II de Cracovia (Polonia), y la Universidad CEU San Pablo de Madrid (España).

Entre los premios recibidos figuran el gran premio de filosofía de la Academia Francesa en 2009, el premio Joseph Pieper en 2009, en 2012 recibió el premio Ratzinger, considerado oficiosamente como el Nobel de Teología, y el premio internacional de filosofía Antonio Jannone en 2021.

En los últimos años, el profesor Rémi Brague ha impartido numerosas conferencias y ha realizado, también, muchas entrevistas en diversos foros culturales y universitarios, europeos y de otras partes del mundo.

Bibliografía (Editorial Encuentro)

- Su trilogía «mayor»: *La sabiduría del mundo* (2008), *La Ley de Dios* (2011) y *El reino del hombre* (2017)
- El libro entrevista *¿A dónde va la historia?* (2016),
- *En medio de la Edad Media* (2013),
- *Manicomio de verdades* (2021),
- *Las anclas en el cielo* (2022),
- *Europa, la vía romana* (2023) y
- *Sobre el Islam* (2024)
- *Tras el humanismo*
- *Sobre el Dios de los cristianos*
- *A cada uno según sus necesidades*